

LA PRINCESA DEL PALACIO DE HIERRO

PEDRO TRIGO



LA ONDA (ESPUMA, NO MAR)

Gustavo Sáinz (1940) había publicado *Gazapo* en 1965. Un año después José Agustín (1944) saca *De perfil*. Es una generación que encuentra todo hecho: consumada la traición a la revolución, relatada ya la crónica de este proceso (*La muerte de Artemio Cruz*, 1962) y en la categoría de clásico el libro que narra la imposibilidad de regresar a tomar cuentas (*Pedro Páramo*, 1955). Con nombre propio, hasta con escuela, la palabra pura (O. Paz). El experimentalismo mordiendo, sin ganas ya, la cola (S. Elizondo. . .). Ni creación política ni creación poética. Entonces ¿qué hacer? Se proclamó la anomia moral y el despelote literario. Nada de rebeldía —no hay esperanza—, simplemente regresar al río de la vida. Pero, claro, mientras tanto se vivía a costa de la familia, se pedía beca al gobierno, se acababa haciendo la típica carrera. Se acababa todo.

Pero sólo se pensaba y se hablaba y se escribía lo que se quería: este mundo sin fronteras y sin valor, esta fluencia. Todo muy normal, ningún alarde, simplemente un mundo aparte (aunque colgado del mundo adulto, del establecimiento). Es la Nueva Onda. Pero, ya se sabe, los padres (los gerentes, los políticos) esperan, esperan pacientemente hasta que uno va por sus propios pasos. Y entonces ¿qué escribir? ¿Qué escribir si ya los de la generación estamos todos donde los viejos y los que nos sucedieron andan en otra onda?

Gustavo Sáinz escribe *La princesa del Palacio de Hierro*. Una mujer ya casada, ya "mayor" cuenta lo de antes. La novela es una tertulia donde se cotillea lo que se hizo o se quiso hacer, se sueña lo que se quiso ser y al contarlo se realiza ilusoriamente: La alta burguesía mexicana, el D.F., las zonas de moda de vivienda (El Pedregal) y de encuentro (la Zona Rosa), Acapulco. La visión de un mundo de negocios fáciles, un mundo sin consistencia en que alternan las ganancias fabulosas con las quiebras; y la mafia con la po-

lítica; la marihuana y la cocaína con el Opus Dei y la comunión; los instantes supremos con las depresiones; los encuentros ridículos con las galas sociales. Nada vale de por sí. Las connotaciones, el estilo, la impresión es la sustancia de este mundo sin sustancia. Pero la Onda y su mundo son minuciosamente representados. Lo que se vive y el modo como se siente. Esta capacidad de asir lo concreto es la base material del libro. Sin esta capacidad de reproducción material el libro hubiera resultado patético, falso, resentido. Pero, alimentándose de riqueza y precisión documental, el libro las metamorfosa.

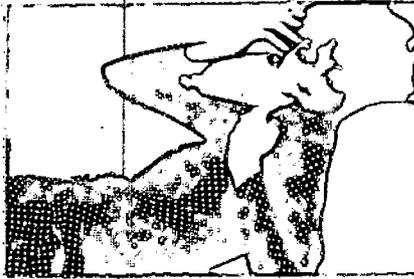
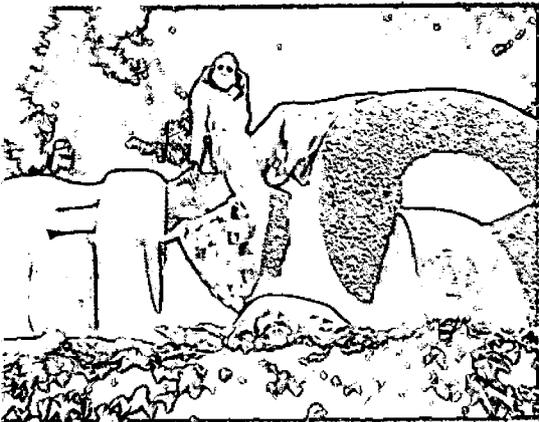
UNA VOZ CONTRA EL VACIO

Porque el libro es una voz. Una voz empeñada en levantar un mundo, una voz condenada a seguir hablando para que el castillo siga flotando en las nubes de palabras. Pero también una fuente que mana un mundo y parece que ya desmaya y retoma de nuevo el hondón y sigue fluyendo, derramándose, quemándose como una vela.

Los elementos de la novela son cotidianos, devaluados, pura mercancía que se consume para quitarla de en medio y que llegue otra, la misma, para que reine el tiempo y le haga vivir a uno. No hay, pues, ninguna pretensión sobre la historia sino la aceptación de ésta como si fuera naturaleza que se goza y consume como se puede, el río de Heráclito.

El mismo México de las novelas de Fuentes o de Agustín.

La diferencia es que en ésta los materiales andan por los aires como sueltos y caóticos tras una explosión. Y es que la realidad, eso convencional y tieso y resistente y perfectamente codificado, ha sido dinamitado en la novela. Y por eso son como cosas sin mundo; no hay tres dimensiones ni perspectivas ni secuencias lógicas: algo pasa y después que pasó está pasando de nuevo y son como esos espejos cóncavos y convexos que todo lo trastornan, aunque aquí no existe lo que se transforma sino sólo las imágenes de los espejos.



Es notable cómo con materiales tan integrados el autor ha construido algo tan fluído, tan abierto, tan inasible. No existe sino lo de siempre, pero está dinamitado. No hay ninguna crítica, ni una proposición social renovadora, ningún sentimiento que trascienda el establecimiento y sin embargo no es una novela del establecimiento. Esa voz incesante lo recubre, lo declara abolido, lo sustituye por un caleidoscopio, una mezcladora que todo lo desencaja, que todo lo pone a bailar hasta que se cae muerto y la voz sigue narrando la crónica imposible, atosigando a los comensales hasta que revientan y aún sigue, hasta que se va.

Así que, a pesar de las apariencias, no es novela costumbrista. La voz no mienta un mundo, reconstruyéndolo así. La voz no sale del grabador de un Oscar Lewis de los hijos de papá. La voz es la voz del tiempo que como el aire entra y sale por el mundo viviéndolo, desfalleciendo en él, gastándolo. La voz no levanta este mundo, pero lo habita y lo agita, lo pone en marcha. Hacia su destrucción. La voz habla desde la muerte, habla sobre lo que pasó, proclamando su victoria / su derrota. Voz sola. Lanzada sólo ya al lector fantasma.

El mundo no es una realidad cuajada —el reino de la libertad— ni una tarea. Sólo son estribos, límites, cauces sumamente permeables, aunque a la larga unidimensionales, para que fluya la subjetividad entre subjetividades. Ese es el verdadero tema. Y en ese sentido el libro es barroco. Ya no se trata de conquistar países ni recorrer el mundo para articularlo económica y políticamente. Se trata de devorarlo todo y arder uno en esa llama. Las cosas son sólo incitaciones para experimentar, para sentir. Ser afectado es vivir. Y el libro, memoria.

¿QUE SE PUEDE CONSTRUIR CON CHACHARA VANA?

Pero como no es el barroco tras el renacimiento, memoria de propios hechos; como es sólo la memoria de un mundo

que encontramos hecho, que nunca entendimos ni tratamos de dirigir es memoria sin persona, sin profundidad. Es la memoria del tiempo sin lastre, de los instantes, la memoria del loro condenado a repetir cada palabra. Por lo tanto no-memoria, esclavitud al capricho de la asociación que entra y sale por el yo dándole vida ilusoria. No es la memoria de acontecimientos históricos grandes o pequeños.

La juventud irreverente que se paseó por todo, que todo lo desperoló sin importarle nada se descubre de pronto fuera de la juventud y sometida a todo, a todo eso estúpido en que uno tantas veces se ensució. Y no es que ahora le dé valor para justificarse. Simplemente lo desconoce. Trata de persistir en la juventud perdida. Pero si mira atrás no halla nada: como nada se hizo no quedan huellas. De ahí la desesperación de la voz por contarlos, la necesidad de poblar la nada con repeticiones, labrándose unas imágenes en que habitar.

Pero lo tremendo es que tampoco se poseen palabras propias, un estilo. No es posible la poesía. Ni la escritura. Queda sólo el habla, palabras manidas que nacieron con una función meramente designativa. Pero que al faltar el mundo de referencia no encuentran carne de que colgarse y enloquecen de pánico. Aunque paradójicamente en el vértigo del vacío se ponen a parir y sale la novela como un largo lamento.

La materia de la elegía es el chiste, el chisme, la intrascendencia. Pero la condena a contar, la persistencia febril de la palabra es el elemento estructurador. Y se plasma en la tensión temporal de los verbos: el presente siempre se descubre como presente histórico y el presente real irrumpe de pronto una y otra vez en el relato arrinconándolo más al pasado —en cuanto a lo relatado— pero haciendo ver su necesidad para llenar un presente no aceptado.

No hay posibilidad de evasión. Al final, transformada o no, triunfa la historia. Y también: no hay posibilidad de eva-

sión; al final, renovada o no, se recae en la literatura.

LA ONDA IMPOSIBLE: VENEZUELA NO ES MEXICO.

Es interesante observar cómo en Venezuela no tenemos el equivalente de esta literatura. Nuestra burguesía improductiva lo es también en este aspecto. Y también: en México se hizo la revolución y se traicionó; aunque persisten sus palabras, cortadas ya de la historia viva y congeladoras de cualquier proceso. ¿Cómo trascendentalizar sin caer en la gesticulación patriótica? En Venezuela se intentó la revolución y se perdió —no sólo por culpa del enemigo. Entonces el fantasma de los héroes muertos, de los errores y las traiciones sigue pesando, obligando compulsivamente a la cita con viejas pasiones, grandes palabras e inculpaciones. Y salen cosas como lo de Victorino Peralta o *Las Historias de la calle Lincoln* o *No es tiempo para rosas rojas*. Piedra de mar sería lo más parecido a Gazapo, pero las siguientes producciones de Massiani ya están domesticadas.

No es, desde luego, que propongamos la Nueva Onda como modelo para la burguesía venezolana. Apuntábamos simplemente la persistencia en nuestro país de la temática "seria" con lo que eso tiene de grandeza moral, pero también con lo que tiene de coartada cuando el tema y el tono vienen impuestos por una cierta presión social sin que toquen las fibras más recónditas de donde mana la creación literaria.

De todas las maneras uno se pregunta si en el país de la matanza —que sigue incesante— de Tlatelolco, de *El Apando* o de *Canoa* estos productos de la Nueva Onda no son algo como la *gauche divine*, una mariquera.

Gustavo SAINZ: *La Princesa del Palacio de Hierro*, Ed. J. Mortiz, México 1974, 345 pags. ○